

Como el espíritu en el hombre

Pedro Vicencio



Reposo, óleo s/tela, 68 x 33 cm

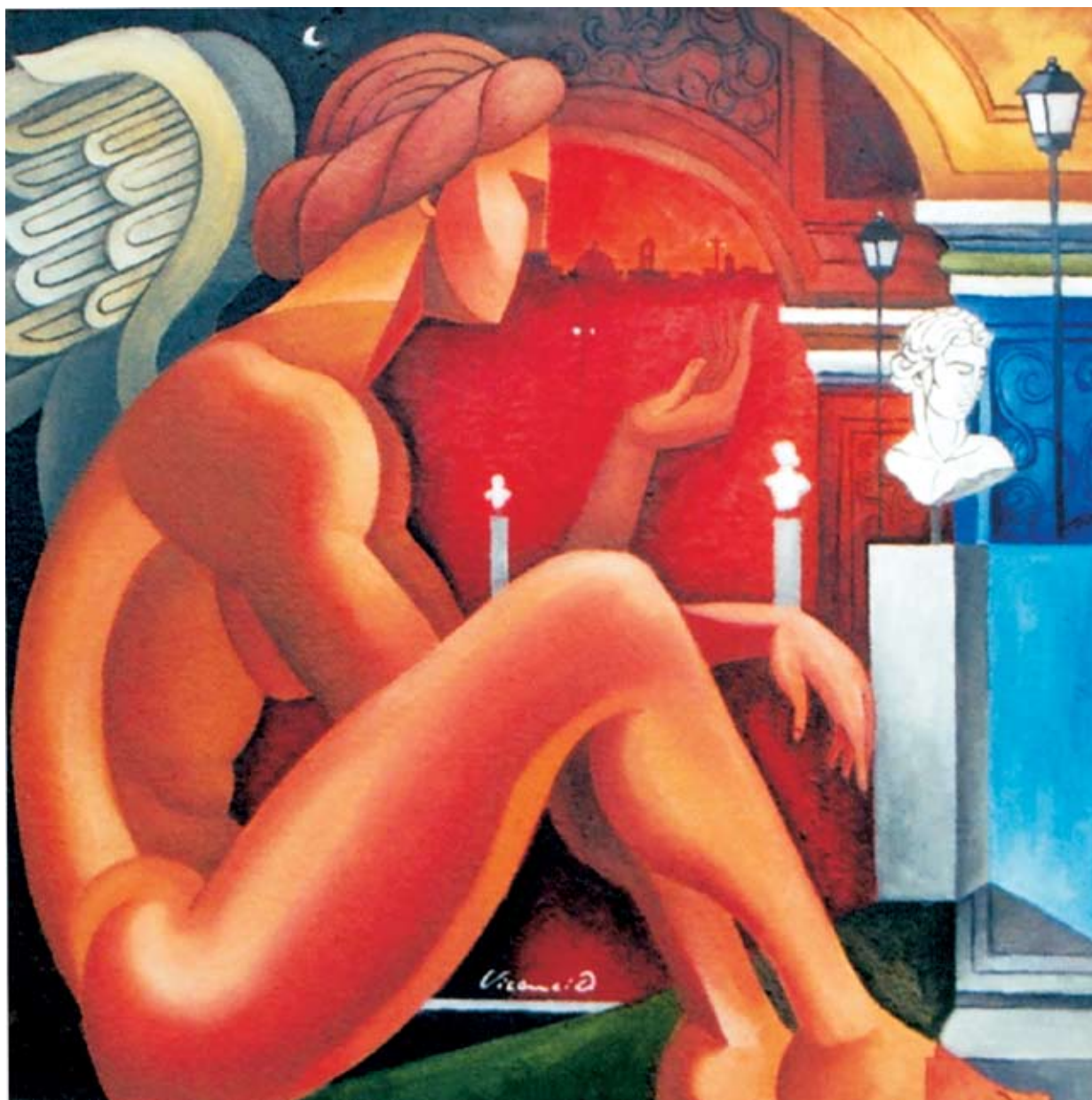
¿CÓMO EMPRENDER el inicio partiendo de la nada?, ¿cómo se manifiesta una imagen que nace de lo abstracto?

El artista se abandona por momentos a la experiencia vivida, a la experiencia visual guardada en lo más profundo de la memoria. Los sentidos se alinean con la mente, la vista y las manos trazan en forma automática las soluciones que surgen de su interior. Ahí, un formato en blanco: espacio virtual que deja a la imaginación cientos de planos alternos y continuos permite la inigualable labor de crear. Los primeros trazos dejan ver la intención de los pensamientos que se desgastan en forma metódica en la búsqueda de la solución deseada.

En esta obra donde el dibujo es primordial, podemos ver que la oscuridad es parte fundamental de su ser, de su forma de existir, así como lo es en una gran parte del arte religioso, donde los cuerpos brotan retando a las penumbras, viviendo así en una dualidad imposible de evadir: la carne se niega a ser tragada por las sombras...

¿Y por qué la noche o lo nocturno?, la respuesta parecería ser sencilla, tanto, como el hecho de que en ellas el artista puede recrear con mayor fuerza el mundo de los sentimientos. Con este principio los rostros se manifiestan asfixiados por su propio espacio vital; sus formas, que provienen de lo geométrico, aminoran lo orgánico de sus facciones pero sin contener el poder humanizante de su mirada y su silencio. En estos rostros, la fuerza de sus ojos libera el alma que, quizá apacible, recuerda algo en el pasado; tal vez esa aparente tristeza proyecta sus memorias hacia una pena que se ignora. Seccionando su rostro, cada uno de ellos subdivide al mismo tiempo su presente incierto: las cabelleras ramificadas, entrecortadas, se prolongan castigando su forma humana sin dejar de pretender ser bellas; los músculos corporales igualmente fragmentados, descarnan el soporte anímico del ser.

Las influencias en cada autor son tan importantes como el saber uno mismo de donde proviene, cual es su camino, su búsqueda y su tendencia hacia el futuro creativo inmediato: quizá el cubismo, quizá el arte



Escultura femenina, óleo s/tela, 26 x 26 cm

persa, quizá también los frisos griegos y su escultura con cuerpos mutilados por el tiempo, el arte prehispánico y, también, quizá, una mirada futurista en la que se conjuntan las formas orgánicas e inorgánicas, sean parte de la influencia fundamental en esta obra.

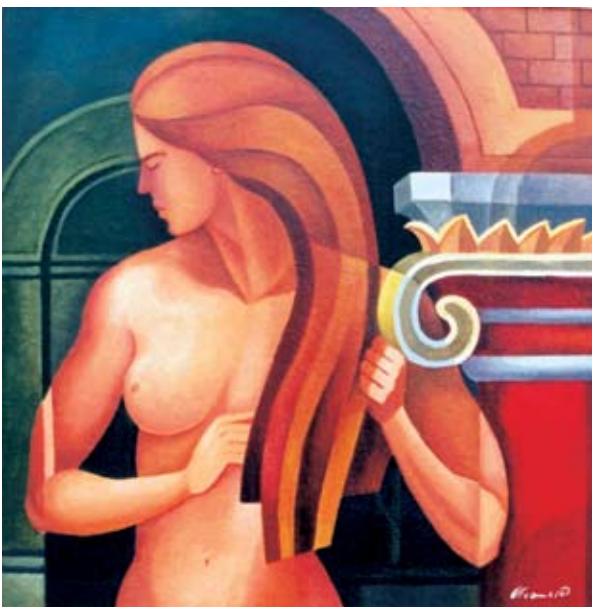
Esta muestra, salvo el análisis del espectador al que se dirige, contiene, por ejemplo en los formatos apaisados, una propuesta que podría extenderse a pintura de gran formato sin la sensación de estar invadiendo un terreno al que no pertenece. El formato en el que han sido creadas puede vivir en cualquiera de estas dos opciones: hay pinturas de caballete que desde su trazo preparatorio son precisamente eso, de caballete, y no pueden ser llevadas a otro nivel ya que no han sido pensadas para ello. En los formatos apaisados los sueños cobran vida, vida que lleva en sí misma la manifestación de espacios alternos del tiempo. La con-

vivencia de elementos como construcciones antiguas y cuerpos desnudos de los seres que habitan en él parecen transcurrir en sintonía; cada elemento sobrevive para el otro, la penumbra es el mejor lugar donde pueden habitar sin ser perturbados: una silueta deambula por la calle, aislada del mundo, como una extraña, sin saberlo, aparentemente forma parte de la melancolía onírica de otra mujer que se rinde ante Morfeo. De la misma forma, la mirada de un hombre apacible contempla el dolor de su amada; sus manos cubren su lacia cabellera, algo ha sucedido entre los dos y es un secreto, secreto que podría ser descifrado por el propio espectador: las historias dejan de ser del artista hasta que el observador las reinterpreta haciéndolas suyas.

En este quehacer de la vida del artista, uno se identifica al pasar el tiempo con actitudes, sentimientos y espacios que terminan por gritarnos al rostro: ¿qué



Escultura masculina, óleo s/tela, 26 x 26 cm



Después del baño, óleo s/tela, 32 x 32 cm



La modelo, óleo s/tela, 32 x 32 cm



Ritmos corporales, óleo s/tela, 32 x 32 cm

no ves la tristeza en la que vivo?, ¿qué no ves que estoy aquí por tí?, ¿por qué me ignoras? En espacios estrechos, sótanos o casas casi desoladas, las mujeres lanzan al vacío el silencio y su dolor de madrugada. Alguna espera la llamada del amado, la noche ha caído ya varias veces, el reloj lo anuncia; otra mujer ve partir a través de una ventana a un amor que no le pertenece. En otra imagen, el café se enfría en una terraza mientras la noche todo se devora, ¡todo!, hasta las conciencias resignadas. A pesar de esto, la noche es la vida: cómo no poder vivirla alumbrada sólo por faroles de hace treinta o cuarenta años; cómo no querer oler su embriaguez si ni siquiera la has tenido entre las manos... cómo no querer vivirla si para los noctámbulos, amantes de sus enigmas, la noche lo es todo: la luna se acerca silente a las techumbres de las

casas y observa a una mujer dormida, mientras una manada de gatos cuida su sueño placentero.

En el espíritu de estos trazos aparece veladamente un sentimiento de esperanza encubierto por una aparente tristeza y desolación; una mujer partió hace ya algunos años y con su negra cabellera flotando al viento, dejó esparcida en estos dibujos y algunos escritos, su presencia; de ahí nació esta obra.

Para el artista, desde hace mucho tiempo, el dibujo, en cualquiera de sus posibilidades técnicas, ha dejado de ser sólo la parte preparatoria de la obra, la que se pierde o queda oculta en los archivos del pintor. Hoy, el dibujo es de gran importancia porque en sus trazos se llegan a observar rasgos que en otras técnicas es imposible rescatar... El dibujo para el arte es algo así como el espíritu en el hombre. •